

EN TEORÍA

Erotismo y sexo en la LIJ

Por Juan José Lage Fernández*



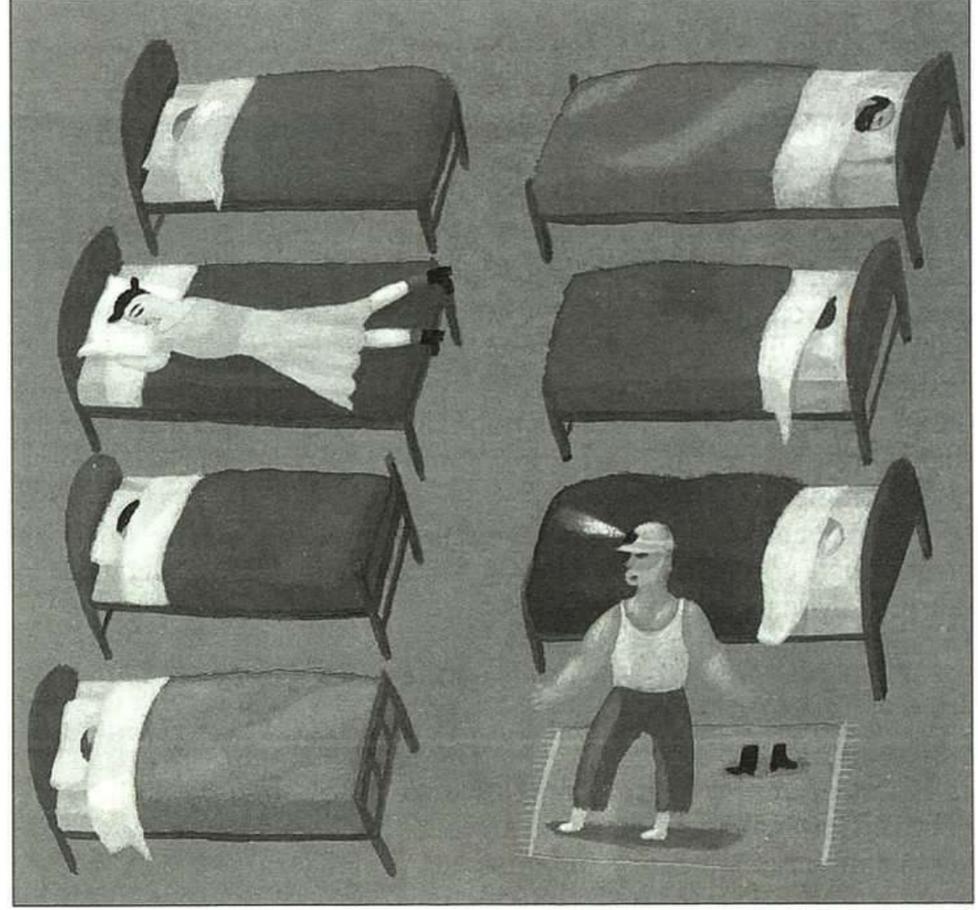
LES RONDALES D'EROS I PSIQUE, J.J. DE OLANETA, 1995.

En la actualidad, no hay tema que la literatura infantil y juvenil no se atreva a tocar, y el sexo y el erotismo no son una excepción. Pero hubo un tiempo en el que fueron temas tabú, como se encarga de recordárnoslo el autor, que propone un recorrido por

algunas de las obras de la LIJ actual, tanto nacionales como extranjeras, en las que se habla de relaciones sexuales, de homosexualidad, sida, abuso y acoso sexual a menores, de aborto, etc., de manera clara y abierta, aunque con distintos tratamientos. No es un trabajo exhaustivo, ni lo pretende, sino una aproximación, una reflexión sobre esta cuestión que preocupa a padres y maestros.



JUAN RAMON ALONSO, «CAPERUCITA ROJA» EN CUENTOS COMPLETOS DE CHARLES PERRAULT, ANAYA, 1998.



TOM SCHAMP, BLANCANIEVES, LA GALERA, 1997.

Durante siglos, una buena parte de las que hoy pueden ser consideradas como mejores obras de la literatura infantil-juvenil se han visto especialmente afectadas por la acción de censores y limitadores de los derechos lectores de los jóvenes, creyendo protegerlos de libros que pudieran afectar a su sensibilidad. En este sentido, sólo una excepción que confirma Fernando Savater: «Guillermo fue el único anarquista triunfante que los tiempos han consentido».¹

En el campo de los sentimientos y afectividad, el sexo ha sido desde siempre tema tabú. Con la excepción de los antiguos cuentos de hadas, donde las referencias sexuales, en clave simbólica, eran perfectamente comprensibles para el oyente, puede afirmarse con contundencia que cualquier insinuación sexual, erótica o simplemente amorosa, estaba condenada al fracaso en los libros infantiles.

Hubieron de pasar siglos para que el tema tomara, tímidamente, carta de naturaleza. Hoy se escribe de casi todo, y el sexo, como veremos más adelante, no

iba a ser menos. No obstante, es interesante detenerse en analizar varios supuestos y en responder a algunos interrogantes.

Buscar respuestas

El primer interrogante que surge es el siguiente: ¿es necesario desarrollar planteamientos relacionados con el sexo en los libros dirigidos a los jóvenes? ¿qué interés puede tener para ellos?

Debemos tener en cuenta que ya desde muy tierna edad y aunque no lo parezca a simple vista, los niños se interesan por el sexo. «El hijo siempre les parece demasiado pequeño o inmaduro a los padres para digerir vicisitudes sexuales —dice Alejandra Vallejo-Nágera—. Se equivocan. Desde el día de su nacimiento ha vivido en una sociedad en la que se utiliza el sexo con fines comerciales, publicitarios, etc. Los niños de 3 años disfrutan examinando sus genitales o los de su hermana pequeña, se fijan en que los padres se encierran a veces con llave en su dormitorio; perciben

la manera tan distinta de hacer pis que tienen los niños y las niñas. Algunos han podido vivir el nacimiento de un hermano y durante el embarazo se preguntan quién lo metió allí dentro y cómo demonios piensa salir.»²

O sea, para un adolescente, la sexualidad ha llegado a su culminación, los cambios fisiológicos le preocupan y, por lo tanto, como afirma el autor Jordi Sierra i Fabra, «no se puede matar lo que sentimos»,³ no se puede cercenar una parte vital de su personalidad en las lecturas que se le ofrezcan, porque sería negar una parte de su desarrollo.

Es decir, los niños y jóvenes necesitan y quieren respuestas en este campo y las buscarán donde las encuentren. Por lo tanto, es posible que acudan a los libros que intuyan les puedan aclarar dudas y les den respuestas que no les ofrecen los adultos que les rodean, por inhibición o por ignorancia. Además, en este tipo de libros buscarán, también, identificarse con los problemas y saber que los comparten con otros; dar rienda suelta (o encauzar) su fantasía erótica, necesaria para su desarrollo homogéneo; intentar

conocer mejor a los pares del sexo opuesto.

Otra cuestión relacionada con la anterior es conocer qué tipo de libros pueden satisfacer mejor su curiosidad: si los de carácter documental o los de ficción (aunque los límites entre unos y otros sean a veces imprecisos). Luisa Mora, en uno de los escasos artículos publicados sobre el tema, dice: «En los libros documentales ha de quedar explicado no sólo el mecanismo de reproducción, sino también cómo se desarrolla la vida del feto. Mientras que en los libros de ficción se ha de atender a sentimientos y comportamientos coherentes con los personajes que se enfrentan a una relación amorosa».⁴

En este sentido, el libro documental debe informar, responder a dudas, resolver cuestiones concretas y, digamos, técnicas (cómo nacen los niños, cuáles son los métodos anticonceptivos más eficaces o usuales, qué problemas acarrea la masturbación, etc.), mientras que en el libro de ficción, incluso sin olvidar estos aspectos —aunque siempre huyendo de la proliferación y lo farragoso— se deben crear actitudes, mejorar conductas o comportamientos, apelar a la sensibilidad y a la imaginación, dando a entender que no somos seres asexuados, aunque tampoco dominados por el sexo, y que nos desenvolvemos en el campo de la afectividad.

Por lo tanto, el planteamiento de la sexualidad en este tipo de libros debe ajustarse a las siguientes pautas: hacer ver que una cosa es la sexualidad y otra la reproducción; ofrecer pautas de respeto hacia comportamientos sexuales heterodoxos o hacia el sexo contrario (principalmente la mujer como objeto sexual); plantear soluciones a conflictos esenciales en estas edades, como el tema de los métodos anticonceptivos, el problema del sida, la masturbación, etc.; explicar o dar a entender que es necesaria la madurez para ejercer una sexualidad responsable; desmitificar los problemas afectivos y sentimentales, que siempre han sido observados como si se trataran de un tema tabú.

Es importante, por ello, tratar el tema con ternura, envolverlo de lirismo y magia (que no oscurantismo), no para desvirtuar o edulcorar la cuestión, sino pa-



IGNASI BLANCH, BARBAZUL, LA GALERA, 1998.



Foto de Xie Kitchin, una de las niñas a las que Lewis Carroll era aficionado a retratar, y que aparece en *Niñas* (Lumen, 1998).

ra dotarla de la humanidad y la sencillez que precisa, alejándola de un prosaísmo meramente informativo.

Y esto sólo puede conseguirse recurriendo a la ficción, tal y como incluso reconoce Arnold Gessell —uno de los más reconocidos especialistas en el estudio de la adolescencia—, cuando al referirse a autores de la talla de William Faulkner, Thomas Mann, Alberto Moravia, Salinger o Dostoievski, dice: «A menudo la técnica del artista puede resultar más efectiva que la del hombre de ciencia para transmitir los sentimientos y las sensaciones».⁵

No obstante, la conocida autora austríaca Christine Nöstlinger va más allá: diferencia acertadamente entre erotismo y sexualidad y cree que sólo el erotismo debe encontrar un hueco en los libros (de ficción, naturalmente). «Con los niños se pueden tratar literariamente todos los problemas excepto el de la sexualidad. Para referirnos a este aspecto de la vida, sólo tenemos al alcance la terminología médica, por un lado, o la terminología vulgar, de la calle, por otro. Esto constituye una limitación grande a la hora de escribir y por eso creo que es un tema para tratar cara a cara, pero no por escrito. Sin embargo, el erotismo sí está presente en mis libros.»⁶

La literatura popular y los clásicos

Como quedó insinuado, los cuentos de hadas son un referente muy válido a la hora de interesarse por bucear en ellos componentes relativos al sexo y a la sexualidad. Puede decirse, tal y como han afirmado algunos psicoanalistas (los que más se han interesado hasta ahora por sacar a la luz sus componentes semiocultos), que son la forma más perfecta de una educación sexual explícita y, además confirman, la única obra de arte capaz de ser comprendida por la mente infantil.

Quienes hayan contado el cuento de *Caperucita Roja* a los niños se darán cuenta de la fascinación que la versión de Charles Perrault despierta entre ellos, mucho más que la de los hermanos Grimm, precisamente por los aspectos supuestamente morbosos que contiene

la primera y que se encargaron de eliminar los segundos.⁷ Es lo que afirma Djuna Barnes cuando dice: «Los niños sienten algo que no se puede decir: ¡les gusta que el lobo y Caperucita estén en la cama!».

En efecto, las interpretaciones psicoanalíticas de *Caperucita Roja* —las más consistentes a mi juicio— inciden en el enfrentamiento de una adolescente con su sexualidad emergente.

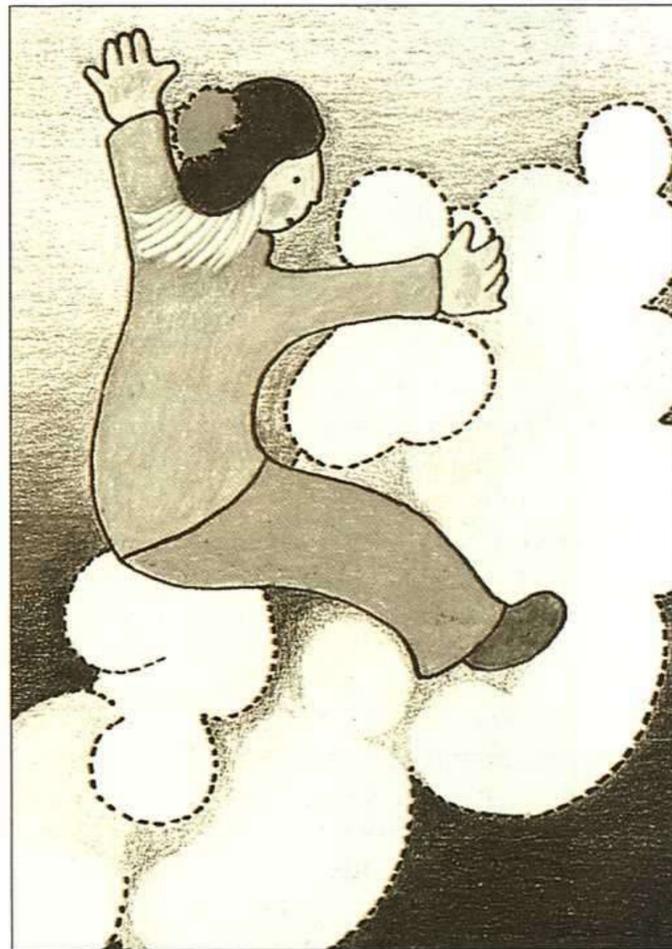
Es más, para algunos, *Caperucita Roja* se deja seducir y no opone resistencia al seductor. Lo que se pretendía con esta historia, a parte de dar rienda suelta a las fantasías eróticas de los varones, era educar a las adolescentes en los peligros que una sexualidad no controlada podía acarrear.

Pero, aunque *Caperucita* es el cuento más perfecto en alusiones eróticas —o al menos el más mencionado y mejor interpretado—, hay otros que van por el mismo camino.⁸

En *El rey Rana*, la rana es utilizada como un símbolo sexual y la historia afirma que para que una persona pueda amar de verdad, primero ha de ser capaz de sentir.

Barbazul trata de los aspectos destructivos del sexo, y parte del atractivo que el cuento tiene entre los niños —dice Bruno Bettelheim— se debe al hecho de que confirma la idea de que los adultos poseen secretos sexuales».

En *La Bella y la Bestia*, por ejemplo, el mensaje es el siguiente: «Aun-



ODILE KURTZ, FANFAMÚS, NOGUER, 1996.



MERCÉ CANALS, CICLO BIS, LA GALERA, 1997.



JANOSH, UNO, ALFAGUARA, 1986.

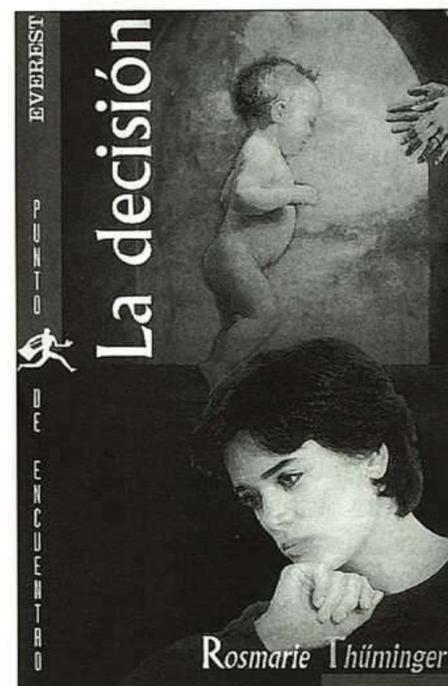
que el sexo parezca algo brutal a simple vista, el amor entre un hombre y una mujer es, en realidad, la más satisfactoria de las emociones».

Hay otras muchas connotaciones sexuales (Blancanieves acostándose en las camas de los 7 enanitos, el zapatito que sólo encaja en el pie de Cenicienta...), pero como muestra de una manera de hacer basta un botón.

¿Y cómo está tratado el tema que nos ocupa en los conocidos como libros clásicos o arquetipos de la literatura infantil-juvenil? ¿cuál es la actitud adoptada por sus autores respecto a un tema tan controvertido? En la mayoría de estos libros, los protagonistas carecen de sentimientos y están incapacitados para amar o ser amados.

Merece la pena detenerse en una excepción. Se trata de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll. Es bien conocido el desmesurado amor de Carroll por las niñas y, especialmente, su pasión enfermiza por Alicia Liddell («adoro a los niños, con excepción de

los niños»; «mi ideal de belleza es una niña de unos 12 años»; «uno se pregunta: ¿por qué las encantadoras formas de las niñas han de estar siempre tapadas?») y su afición a fotografiar niñas desnudas o semidesnudas y a invitarlas a su habitación, hecho que le trajo no pocos quebraderos de cabeza y de conciencia, como se puede comprobar en su diario. Y aunque, como afirma Rosa Montero, «el pedófilo Lewis Carroll se las arregló para bordear toda su vida la línea del escándalo sin acabar de cruzarla; la vida de Carroll fue una melancólica vida en la frontera, en el estrecho límite que media entre la cordura y la insania»,⁹ las alusiones eróticas, fruto de su represión sexual, son más que evidentes, tal y como deja constancia Morton N. Cohen, uno de sus mejores biógrafos: «Las imágenes de *Alicia* dejan constancia de una sexualidad reprimida: la madriguera del conejo al comienzo del libro; el énfasis en la comida y en la bebida; el cambio de tamaño de Alicia; su crecimiento hasta quedársele pequeña



la casa del conejo, lo que casi provoca que esté a punto de estallar; la explosiva expulsión de Bill el Lagartija a través de la chimenea de la casa; palizas; zarandeos y estornudos; las numerosas amenazas de decapitación».¹⁰

Algunos críticos o estudiosos han pretendido ver en *Peter Pan* un toque erótico o, al menos, sensual, y poco más. ¿Cómo hubieran reaccionado los censores de Mark Twain, que recriminaron al autor por unas *Aventuras de Tom Sawyer* que consideraban licenciosas, si se hubiera permitido algún ligero atisbo de actividad sexual del protagonista?¹¹

Muy recientemente, y precisamente en Estados Unidos, un libro de Tomi Un-



JANOSCH, UNO, ALFAGUARA, 1986.

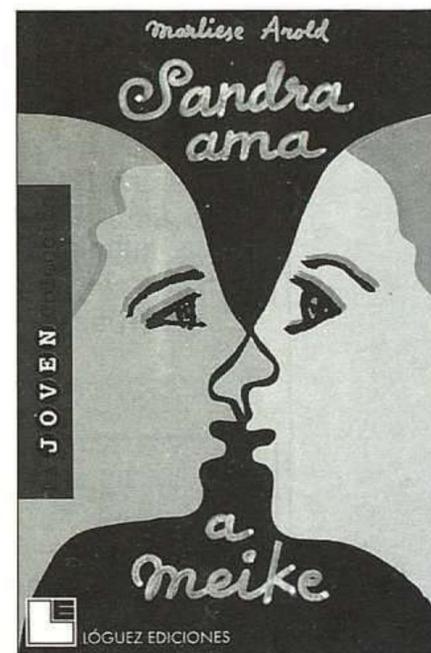
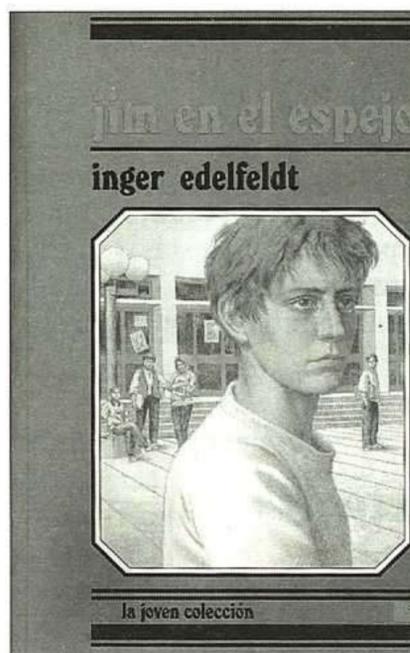
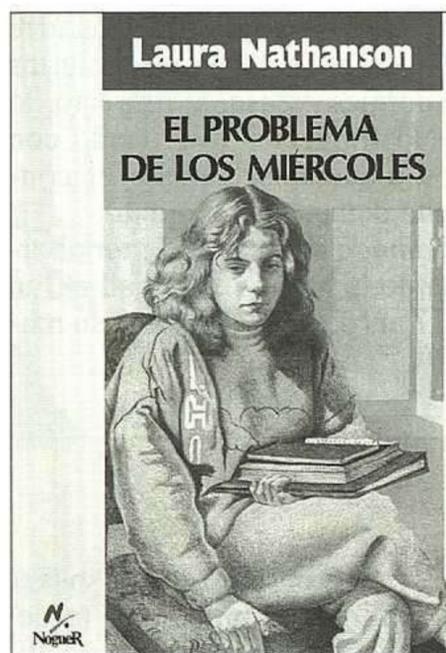
gerer, titulado *Ningún beso para mamá* (Lumen), estuvo prohibido porque, entre otras cosas, mostraba a un niño-gato protagonista, sentado en la taza del WC.¹² También ha tenido sus más y sus menos en España otro libro cuyo título es significativo: *El arte de la baci* (Lóguez) —ilustrado por el reconocido autor francés Jean Clavère—, que muestra a un niño en diferentes posturas sobre el orinal.

La LIJ actual

Es natural que para una literatura infantil como la española, tan huérfana de tradición, un tema como el sexo y el erotismo haya permanecido tabú durante mucho tiempo. Ello se explica debido, principalmente, a que ni los lectores ni tan siquiera los intermediarios estaban educados para tales adquisiciones. Y esto ni el libro de carácter literario ni tan siquiera en el de carácter documental, cuyas ediciones fueron muy escasas y limitadas. Los medios de información del niño eran los habituales y generalmente distorsionados: la calle, principalmente.

Carmen Kurtz fue una de las primeras autoras que se atrevió a plantear un tema tan polémico en un libro infantil: el aborto. Lo hace en *Fanfamús* (Noguer, 1981), desde una perspectiva mágica y fantástica, que sin embargo deja entrever su posición sobre el tema.

Desde entonces, la nada más absoluta.



Hay que llegar hasta 1996 para encontrar un relato (escrito en forma de diario y en tono realista), donde se plantea la cuestión de un modo secundario. Se trata de *¡Que alguien me quiera cinco minutos!* (El Arca de Junior), de José María Plaza. En esta novela iniciática, se plantea el despertar sexual de dos adolescentes con personalidades muy diferentes: la que siente necesidad de amor (y queda embarazada, decidiendo seguir adelante y dar a luz), y la que recela del mundo masculino (y que atraviesa por momentos de indefinición sexual).

Sobre el tema del abuso o acoso sexual se han escrito hasta ahora dos libros de planteamientos muy diferentes: *Ano-*

che hablé con la luna (Edelvives), de Alfredo Gómez Cerdá, y *Alflanagan es Flanagan* (Anaya), de Andreu Martín y Jaume Ribera. El primero presenta un incesto desde una atmósfera poética y casi insinuada, de modo y manera que sólo al final el lector se da cuenta del trance. En el segundo, el tono es desenfadado y fluido, para tratar de la situación de una joven violada por el jefe de su padre (¡señor Lage!), aunque lo más sugerente es el capítulo titulado «Hay monstruos», donde se da una información precisa —casi de manual— sobre el tema en cuestión.

El ya aludido Jordi Sierra i Fabra es un prolífico escritor que no permanece aje-

no al tema del erotismo. Así lo reconoce cuando afirma, respecto al tono erótico detectado en alguno de sus relatos: «Es algo que nadie me había dicho pero que es cierto y me encanta que por fin alguien lo note. Soy una persona sentimental, emotiva, romántica, que cree en el amor y, por lo tanto, creo en todo lo relacionado con ese amor. He escrito una novela erótica que trata del amor de un hombre con una androide perfecta, por ejemplo. En mis libros no hay grandes dosis de sexo, pero los personajes son reales, están vivos, sienten cosas, exactamente igual que nosotros. No se puede matar lo que sentimos. De cualquier forma, poco importante debe de ser eso cuando varias de mis editoriales pertenecen a órdenes religiosas».

Así, por ejemplo, Sierra i Fabra, en *Nunca seremos estrellas del rock* (Alfaguara), toca, aunque muy de pasada, el tema del incesto. Pero sin duda son *El cazador* (SM) —véase **texto 1**— y *Seis historias en torno a Mario* (Espasa Juvenil), las obras suyas con más carga erótica, aunque en el primer libro está planteado el tema con más crudeza.

Carga erótica —y desmesurada— con

una obsesiva apelación a la masturbación, hay en *De este lado del silencio* (Alfaguara), escrito por Jorge Juan Martínez —Premio Jaén 1994—, donde sólo el buen nivel literario del relato salva la procacidad de determinados pasajes (en el límite borroso entre erotismo y pornografía), tal vez expresamente concebidos para mayor éxito de ventas o de lectores —véase **texto 2**—.

De 1997, son dos títulos publicados en La Galera: *Ciclo bis*, de David Durán y *La llamada del mar*, de Jaume Cela. En el primero, escrito seguramente con buena intención por un profesor de Secundaria con un afán divulgativo, una chica puede cambiar a voluntad de sexo durante el período menstrual y así, tras conocer las peculiaridades fisiológicas de cada sexo, decidir con cuál prefiere quedarse. El tono es distendido —se recurre a vulgarismos para nombrar a ciertas partes corporales (véase, al respecto, lo que dice Nöstlinger)— alternando con contenidos didácticos, aunque el conjunto resulta demasiado explícito.

En *La llamada del mar*, el autor aborda el tema de la homosexualidad de un joven de 17 años, que confiesa a su ma-

dre lo que siente. Novela de tesis, relato de gestos y sentimientos, donde se dan las claves para interpretar lo que sienten esas personas, aunque a veces peca de acumulación de ideas.

En resumen, a medida que en España se han ido abriendo camino las libertades (con posterioridad a 1975), el abanico de temas se ha ampliado progresivamente y las actitudes de los protagonistas han evolucionado de acuerdo con la evolución de la sociedad, haciéndose más libres, más directos, más realistas y humanos.

Los autores extranjeros

Una de las autoras que más profusamente toca el tema del amor y el erotismo en sus libros es, como hemos señalado anteriormente, la escritora austríaca Christine Nöstlinger. Ella defiende que no se puede cercenar en los libros infantiles un aspecto importante de la personalidad y, por ello, en sus obras, hasta los niños de menor edad son capaces de enamorarse y tener sentimientos.

Los libros más significativos al res-

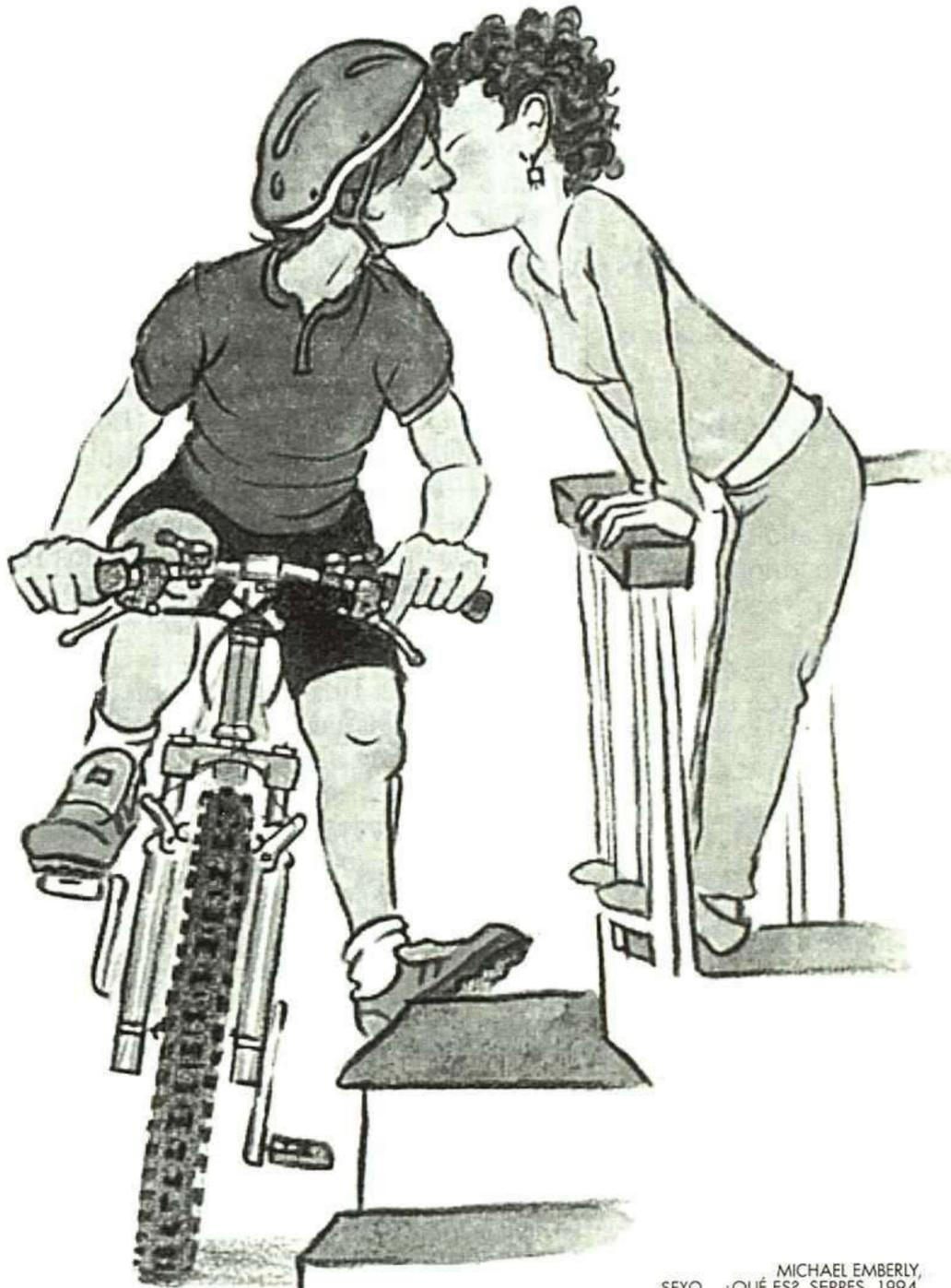
Texto 1

Con el último lamento, los cuerpos cesaron en su movimiento. Dubal, el toro vibrante, cedió su presión y contrajo los músculos. Su peso aplastaba a Shura, pero ella también regresaba del largo y a la vez breve viaje del amor. Por fin cedió nuevamente su continencia y aflojó los brazos, dejándose caer sobre ella. Fue el estertor final antes de que, súbitamente, se apartara y cayera sobre el lado vacío de la cama. Los dos cuerpos, desnudos y sudorosos, recibieron la caricia de la primera brisa nocturna, y sus respiraciones se acompañaron con suavidad en los minutos siguientes.

Dubal pasó de la consciencia al sueño sin darse cuenta, como siempre después de amar y ser amado, como siempre tras la efímera gloria del placer carnal. (Sierra i Fabra, *El cazador*.)

Texto 2

Nos besamos ansiosos en la parpadeante luminosidad del garito y salimos minutos más tarde hacia los jardines del río. Buscamos un banco lo más oscuro posible y nos dedicamos durante un rato a un mutuo y concienzudo magreo: en tanto mi mano izquierda acariciaba y estrujaba con sistemático mimo ambas tetas, mi mano derecha, después de trazar veleidades indagatorias por sus muslos, se lanzó al salto del higo, tropezando a su llegada con una superficie plana rectangular. La cagamos, pensé, tiene la regla. Ella me confirmó tal hipótesis y, tras unos segundos de risas desconcertadas, agregó: «Pero bueno, podemos hacer otras cosas». Yo la miré expectante, ella rehuyó mis ojos, sopesó mi bragueta con sus manos, me desabrochó los pantalones con inusitada habilidad y comenzó a masajearme la polla tiernamente. Yo la desembaracé de su barroco sujetador y le lamí con gula los pezones, dispuesto a abandonarme a la dulzura de la paja. Ella comenzó a imprimir tal velocidad a sus movimientos que me vacié en un instante con un rebuzno de placer justamente sobre su falda. Saqué mi pañuelo y la limpie lo mejor posible, luego la acompañé a la estación y aguardamos juntos la partida de su tren. Se llamaba Ester. (Jorge Juan Martínez, *De este lado del silencio*, Alfaguara.)



MICHAEL EMBERLY,
SEXO... ¿QUÉ ES?, SERRES, 1994.

Texto 3

Ella se inclinó sobre Chip, al tiempo que él levantaba la cabeza. Sus labios se encontraron. Luego, sus manos. Sus manos sobre la piel, bajo las ropas arrugadas... Las manos de Chip sobre el vientre de Josía, deslizándose bajo sus ropas más íntimas, en un océano de calor, de dulzura. Las manos suaves sobre la piel suave de los senos de Josía, redondos, dulces, estremecidos. Las manos para desnudar, para descubrir, para llegar más allá de la impericia, más allá del miedo al descubrimiento, más allá del miedo al miedo. Y lágrimas, y risas ahogadas, explosiones de risas que rodaban sin el menos ruido, como si fueran otras tantas caricias. Y humedades. Y soles besados, y sus ojos, sus labios... Y la piel contra la piel, contra el musgo, contra las agujas secas de los abetos... Y la montaña, y la tierra, y el cielo. Y luego el grito de Josía, y el de Chip, y otra vez el miedo, y Chip que decía: «No, no, no quiero hacerte daño», repitiéndolo una y otra vez... Y después... las palabras..., las palabras de Josía, surgidas de un océano tempestuoso: «¡Tú no me harás nunca daño, Chip!». Y la marejada de placer superando todo lo imaginado.

Como una locura.

Un oleaje.

Y el viento que cantaba entre los árboles, sobre los senos desnudos de Josía. Y la ola extinguiéndose. Y las lágrimas secándose en sus mejillas. (Pierre Pelot, *Loco como un pájaro*, La Galera.)

pecto son, por ejemplo: *Mi amigo Luki-live* (Alfaguara), *Ilse se ha ido* (Alfaguara), *Intercambio con un inglés* (Espasa Calpe), *Uno* (Alfaguara) —álbum ilustrado por Janosch, que incluye una ilustración de los protagonistas en la cama, recurso poco habitual y que sería interesante estudiar en libros de estas características— y, principalmente, *¡Qué asco!* (Alfaguara), con la experiencia de una primera relación sexual.

No es de extrañar esta actitud de la autora, teniendo en cuenta que todos estos libros tratan problemas de adolescentes y el principal para ellos tal vez sea enfrentarse a su imparable sexualidad.

Además, la autora es lo suficientemente hábil como para no crear *ex-profeso* un problema de tipo sexual para girar literariamente alrededor de él, sino que esas cuestiones las inscribe dentro del desarrollo natural de los protagonistas.

Hay otros autores que también imprimen a sus relatos estos matices eróticos: Kerstin Thorvall, en *El amor de Sussy* (Alfaguara); Mirjam Pressler, en *Y por fin hablé* (Alfaguara); Judy Blume, principalmente en *Quizá no lo haga* (Alfaguara); y Pierre Pelot, en *Loco como un pájaro* —véase **texto 3**—, entre otros.

El tema de la homosexualidad masculina está presente en un libro ya clásico,

como es *Jim en el espejo* (Lóquez), de Inger Edelfeldt, publicado en 1986. La obra —más bien para lectores muy formados— incide en la excesiva sobreprotección materna y en la inflexibilidad paterna como origen del problema y está escrito desde la sensibilidad de un adolescente que renuncia a los 15 años a la heterosexualidad después de muchos traumas.

Más reciente es *La cometa rota* (Noguer), de la ganadora del Premio Andersen en 1978, Paula Fox, con dos temas concurrentes: la homosexualidad y el sida. La historia se desarrolla en cinco momentos: desde el instante en que un

Texto 4

Papi no había dicho nada más. Se había desviado a la izquierda, dirección Rosengarten. Pero al llegar a un oscuro camino Papi bajó del coche, miró a su alrededor y se abrió la bragueta antes de subirse a la parte posterior del coche. ¡Dios mío, Virgen María, ayudadme!

—¿Qué, muñequita, comprendes ahora que no puedo esperar? —Papi le acarició la mejilla con una mano mientras que con la otra le bajaba las bragas.

Las bragas le rozaron los muslos y Gaby gritó. Las semicerradas heridas de las piernas se abrieron de nuevo. Sangraba.

—¡Abre las piernas!

Papi la sujetó con fuerza hacia atrás, de forma que la cabeza le quedó torcida entre el asiento y el apoyabrazos.

Cuando penetró en ella con todas sus fuerzas, Gaby no gritó. Se mordió los labios, la lengua. No dejó escapar ni un sonido. Él estaba sobre ella con la respiración entrecortada y le jadeó al oído: —Di que te gusta, dílo, dílo...

Con un esfuerzo interminable, Gaby abrió los ojos y miró, sin verlo hacia el cielo. Cada estrella una esperanza.

Papi suspiró de placer y se retiró de ella. Había terminado. Por un momento, se quedó con su pene sobre ella, después le ordenó la ropa. Con cuidado, juntó las piernas de Gaby, que colgaban sesgadas como las de un muñeco sin vida.

—He tenido cuidado. Aquí está, en el pañuelo. No tengas miedo. Yo tengo cuidado —levantó de un brazo a Gaby—. ¿Me oyes, angelito?

Los dientes de Gaby castañeban, sintió como un sudor frío resbalaba por su frente hacia la boca abierta.

Papi la zarandeó. —¡Maldita sea, Gaby! ¿Me oyes? ¡Contesta!

Gaby quería decir «Sí, Papi, ¡naturalmente!», pero su lengua se había convertido en un trozo de carne muerta. Mordida hasta hacerla sangrar. (Heidi Hassenmüller, *Buenas noches, muñequita*, Lóquez.)

joven de 13 años conoce la enfermedad de su padre y los motivos de la misma —una relación homosexual— hasta que lo revela a su madre, pasando por la muerte del padre. Toda la evolución de la enfermedad está muy bien planteada.

La homosexualidad femenina ha generado libros como *¿Qué pasa muñequita!* (Ediciones B), de Deborah Hautzig, un perfecto desconocido a pesar de resultar un texto muy bien planteado y donde se presenta el problema como una cuestión de sensibilidad innata; o *Sandra ama a Meike* (Lóquez), de Marliese Arold, cuyo mensaje final es que «no se puede escoger lo que se siente».

Que aborden el tema del aborto, hasta el momento, tenemos otras dos historias. La primera es la estupenda novela *Querido Nadie* (SM), de B. Doherty, texto

poético que invita a la reflexión (Querido Nadie son las cartas que una adolescente escribe al feto que lleva dentro y que la llevan a seguir adelante con el embarazo pese a la oposición de sus padres). El otro libro es *La decisión* (Everest), de Rosmarie Thuminger, título que lo sugiere todo y con planteamiento similar: una madre de 39 años, tras conocer que el feto padece el síndrome de Down, decide después de muchas dudas a dar a luz asumiendo todas las consecuencias («si fuera un bebé completamente normal no podría quererlo tanto»).

El primer libro publicado en España sobre el tema del acoso sexual a menores fue *El problema de los miércoles* (Noguer), de Laura Nathanson, del que dice María Vassart: «Historia patética,

contada desde dentro por una adolescente tímida, insegura ante los demás, que de repente se ve invadida por un problema —no tan marginal como se cree— que la desborda».¹³ Novela que tuvo algunos problemas en su país de origen (Estados Unidos), y que a pesar de llevar muchos años editada está prácticamente inédita pese a la calidad de su contenido: una niña de 11 años que sufre acoso de un dentista, pero que sale a flote con su propia fuerza de voluntad.

Buenas noches, muñequita (Lóquez), de Heidi Hassenmüller, es una historia real —Premio al Libro Juvenil en Alemania—, basada en los abusos que padeció la propia autora entre los 6 y los 16 años por parte de su padrastro y, por lo tanto, testimonial y aleccionadora —véase **texto 4**—.

Dos notas finales: es importante, en libros de estas características, que ofrezcan soluciones al lector, para que puedan encontrar las suyas propias. Además, nótese que todos los libros están escritos por mujeres, muy al contrario de lo que sucede en España. ■

***Juan José Lage Fernández** es profesor, director de la revista *Platero*, y especialista en animación a la lectura y bibliotecas escolares.

Notas

1. Savater, Fernando, *La infancia recuperada*, Madrid: Alianza Editorial, Madrid, 1986.
2. Vallejo-Nágera, *La edad del pavo*, Madrid: Temas de Hoy, 1997.
3. Sierra i Fabra, Jordi, *Platero* 84, febrero de 1986.
4. Mora, Luisa, «El sexo en la Literatura Infantil-Juvenil: unas notas para la reflexión», *Educación y Biblioteca* 69, Madrid: Tilde, junio 1996.
5. Gessell, A., *El adolescente de 10 a 16 años*, Buenos aires: Paidós, 1971.
6. Nöstlinger, Ch., *CLIJ* 3, febrero 1989.
7. Pisanty, V., *Cómo se lee un cuento popular*, Barcelona: Paidós, 1995.
8. Bettelheim, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona: Crítica, 1977.
9. Montero, R., «L. Carroll y Alice Liddell: la vida en la frontera», *El País Semanal*, 13 de julio de 1997.
10. Cohen, Morton N., *Lewis Carroll*, Barcelona: Anagrama, 1998.
11. Lage Fernández, J.J., «Literatura polémica: prohibido a mayores», *CLIJ* 54, octubre de 1993.
12. Garralón, A., «Tomi Ungerer, ese desconocido», *CLIJ* 54, octubre 1993.
13. Vassart, M., «El sexo, un tabú en la literatura juvenil española», *Leer* 83, junio de 1996.